

riodo de la restauracion del imperio, no fué desgraciado en producciones literarias, bien que se redujeron casi exclusivamente á prosa oratoria. En el mundo griego trabajaban los profesores de elocuencia con empeño y buen éxito, principalmente en Atenas, para elevar nuevamente á su mayor altura las letras griegas, cuyo carácter especial no adquirió todo su desarrollo hasta el tiempo de los Constantinos. La retórica latina en cambio encontró activos cultivadores principalmente en la Galia, primero en el Mediodía, en Marsella, Narbona, Tolosa y Burdeos, donde habian hecho menos estragos las calamidades del siglo III. Despues habian vuelto á adquirir fama los centros de enseñanza de Autun, luego los de Reims y Tréveris; y á consecuencia de la viveza y

facilidad de expresion del pueblo celto-romano, sus obras literarias, comparadas con las de los romanos africanos, que eran de estilo oscuro y alambicado, se distinguian por su elegante, pulido, variado y correcto lenguaje, bien que los africanos les llevaban la ventaja en la riqueza de ideas. De estos elementos surgió la literatura de los llamados panegíricos, obras de literatos de la escuela antigua de Plinio el Menor, y en cuanto al estilo, bien torneado y nutrido, de la de Ciceron, los cuales lucian su retórica en discursos apologeticos en honor de los dueños del occidente en la corte de Tréveris. El mas notable entre estos literatos fué Eumenio, que nació por el año 250 y tanto bien hizo á su ciudad patria, Autun, conforme relatamos ya en otra parte.



Restos de las termas de Diocleciano en Roma

La historia, por supuesto la romana, tuvo por representantes principales entonces á Elio Esparciano, Vulcacio Galicano y Trebelio Polion, que pertenecen á los llamados «Narradores de la historia de los emperadores» desde Adriano hasta Numeriano, y que aprovecharon en las biografías que se les atribuyen, ricas fuentes griegas y romanas, pero desgraciadamente sin talento ni mérito literario.

Mucho mas importantes por su instruccion y número fueron dos literatos cristianos de aquel tiempo: el apasionado y contundente retórico Arnobio, natural de Sicea en Numidia, que escribió por el año 295 una polémica enérgica contra los cultos antiguos, con el objeto de justificar su conversion al cristianismo; y su discípulo el retórico Lactancio Firmiano, descendiente al parecer de Italia, que ya de edad madura se convirtió al cristianismo, siendo profesor de elocuencia en Nicomedia. Lactancio era de condicion pobre; pero su profundo estudio de los autores clásicos, sus conocimientos vastos, su conviccion ardiente y preclaro talento hicieron de él el Ciceron cristiano, como se le ha llamado por su estilo correcto, flexible y pulido, cualidades que entonces habian llegado á ser rarísimas. Durante años escribió con sorprendente fecundidad obras religiosas didácticas y apologeticas en favor de la religion cristiana, mostrándola como la suma verdad. Sus obras posteriores, cuando se halló en condiciones mas brillantes, son mas fogosas y mas acres.

CAPÍTULO II

LA POSTRERA LUCHA DEL MUNDO ROMANO CONTRA EL CRISTIANISMO. LOS COLEGAS DE DIOCLECIANO

Los estudios históricos modernos han demostrado que si Diocleciano hubiese muerto, ó se hubiese retirado á la vida privada, en el año 303, seria mirado sin duda alguna por la posteridad como uno de los varones mas grandes y meritorios del mundo romano. Pero la actitud que tomó respecto del cristianismo en el último período de su reinado le hizo perder esta gloria, sin que lograran él ni sus sucesores el objeto que se propusieron, y el nombre de Diocleciano se pronuncia todavía hoy con odio y horror por casi todo el mundo civilizado.

Si se considera que Diocleciano era personalmente religioso por conviccion profunda á la manera del mundo pagano, y que se dedicó con toda su fuerza vital y toda su alma á la regeneracion del imperio, se comprende que para él fuera el enaltecimiento de los cultos antiguos una base principal de la restauracion y purificacion del Estado, y que por consiguiente la actitud que debiera adoptarse respecto de los súbditos cristianos fuese á su juicio una cuestion de grandísima importancia que merecia ser profundamente meditada. Desde el edicto de tolerancia de Galieno, es

decir, desde la generacion anterior, los cristianos habian llegado á ser una potencia en el imperio de la cual no podia prescindirse. No eran ya una comunidad de esclavos, libertos y gente de baja condicion como lo habian sido muchos años antes, sino que la nueva religion, en tiempo de Diocleciano, habia penetrado en todos los puntos del imperio, en el ejército, y sobre todo en las clases ilustradas. El número de personas romanas y griegas de educacion estética, filosófica y retórica, que habian reconocido la vaciedad de los cultos antiguos y buscando la paz del alma habian ingresado por conviccion en el gremio cristiano, habia crecido enormemente de generacion en generacion. A pesar de esto todavía los cristianos, numéricamente considerados, eran una minoría muy modesta en el imperio, y quizás no ande muy lejos de la verdad aquel cálculo segun el cual formaban una dozava parte de la poblacion total en tiempo de Diocleciano, es decir, un quinzavo en la parte occidental y un décimo en la parte oriental, especialmente al Este de Tesalónica y Negroponto. La desproporcion era grande; pero lo que faltaba á los cristianos en número lo suplían en union, fuerza moral y organizacion admirable. Respecto de moralidad y buena conducta, estaban los cristianos en tiempo de Diocleciano muy por encima, generalmente hablando, de la gran masa pagana; entre ellos era todavía viva la fe en la vida eterna, y su influencia sobre las almas sencillas y nobles iba en aumento. En el cristianismo encontraba el esclavo la libertad moral, la igualdad y la fraternidad, y el desvalido y necesitado la caridad inagotable, especialmente en Roma, á pesar de todos los abusos. La memoria de innumerables mártires heroicos comunicaba á las generaciones que se sucedian un valor inquebrantable y que no se doblegaba ante ninguna persecucion: valor necesario hasta en períodos relativamente tranquilos, porque aun entonces la situacion de la comunidad y del individuo cristiano era muy precaria. Hasta el reinado de Diocleciano ninguna divergencia habia llegado á amenazar la union cristiana; y las exageraciones, el ascetismo morboso y fantástico, y las no menos morbosas imágenes especulativas de filósofos pedantes, no habian podido echar raíces en el gremio de la Iglesia, todavía amplio y fuerte para poder abrigar, sin mengua de su espíritu, opiniones muy opuestas en materia de disciplina y hasta de dogma. Pero la Iglesia iba ya entonces perdiendo con bastante rapidez este espíritu de democrática libertad, tanto en materia de disciplina como de dogma; la diferencia entre eclesiástico y seglar se habia hecho muy marcada, y la organizacion episcopal estaba en plena y vigorosa formacion, si bien las comunidades conservaban aun el derecho de elegir, ó por lo menos el de aceptar sus curas párrocos. Los innumerables obispos empezaban á ser, y en gran parte eran, los verdaderos soberanos de su grey en todo cuanto se rozaba con la moralidad y la religion; y ante ellos, ya desde antiguo, habian dirimido los cristianos sus cuestiones y litigios civiles en lugar de llevarlos ante los jueces y tribunales del Estado. El que entraba en el gremio cristiano era de hecho y desde aquel instante súbdito de su respectivo obispo en materia religiosa y civil, como lo era del emperador en materia política. En las provincias se reunian con frecuencia sínodos, que naturalmente daban una nueva importancia á los obispos como clase de superior jerarquía. Entre los mismos obispos empezaban á dibujarse diferencias jerárquicas notables, y entre los obispos de superior categoría que eran los metropolitanos en las capitales de provincia, gozaban de mayor consideracion aquellos cuya comunidad habia tenido por fundador directo ó indirecto ó un apóstol, como las de Jerusalen, Antioquia, Alejandría, Corinto, Tesalónica y sobre todo la de Roma, á cuyo obispo solian apelar ya en

el período de que tratamos y en cuestiones árduas de fe, de culto y de disciplina, los obispos de Galia, Africa, Siria y Egipto. Esto naturalmente fomentó en los obispos, no solamente la conciencia de su autoridad sino tambien el deseo de extenderla y hacerla independiente de toda otra, y abrió un nuevo horizonte á la ambicion cuando las aspiraciones militares á la púrpura imperial iban al parecer extinguiéndose. No faltaban tampoco entonces á la Iglesia los defectos inseparables de toda palestra de ambiciones, odios, intrigas, hipocresía y orgullo autoritario entre los obispos y pretendientes. La pureza primitiva de la Iglesia habia desaparecido en gran parte; muchos obispos daban que hablar con su vida mundana; el clero y los fieles se volvian frios é indolentes en su fe y en el cumplimiento de sus deberes religiosos; divergencias y sectas encendian la ira y dividian á sacerdotes y legos, y la concordia y humildad cristianas iban decreciendo rápidamente; pero todavía existia robusto el sentimiento de mancomunidad, que hacia olvidar las rencillas y los odios interiores en frente del paganismo enemigo y perseguidor.

Esta mancomunidad y esta union cuando se trataba del interés de todos, fué lo que mas cuidado dió á Diocleciano y á todas las personas observadoras partidarias del paganismo. El emperador absolutista comprendió que la iglesia cristiana era, dentro del Estado, otro Estado perfectamente organizado, cuyos miembros mas sufridos y pacíficos solo obedecian á la autoridad imperial cuando su conciencia cristiana no se oponia á ello, sin contar con que el número de los mas belicosos y fanáticos no era escaso. Es decir, que la iglesia cristiana era una colectividad en el seno del imperio, colectividad en cuya vida interior no tenia entrada la omnipotencia imperial; era una espina en la obra política de Diocleciano.

Durante la mayor parte de su reinado trató este emperador á los cristianos con mas benevolencia que hostilidad; en los primeros años, otros asuntos mas capitales y urgentes no le dejaron tiempo para profundizar cuestiones de orden interior que al parecer no apremiaban. Luego despues ocuparon su atencion las grandes reformas interiores; y cuando acaso pensó en la iglesia cristiana, vió que si en el año 296 pudo negar la existencia legal á la secta de los maniqueos, no podia tratar de la misma manera brutal á una religion que existia de hecho desde algunos siglos, y tambien de derecho desde el edicto de Galieno. A esta consideracion se agregaba la observacion notoria de que los cristianos eran los súbditos mas pacíficos, mas laboriosos y de mejor conducta. Todo esto habia reflexionado el emperador con su acostumbrada calma, discrecion y silencio, y entre tanto no solamente no los habia molestado sino que les habia hecho grandes mercedes; en Nicomedia les habia concedido permiso para construir una hermosa catedral; habia dispensado á funcionarios cristianos de la asistencia á los sacrificios del culto antiguo en las solemnidades oficiales; en la misma corte y casa del emperador no solamente habia esclavos sino tambien altos funcionarios cristianos, y la misma esposa é hija de Diocleciano, Prisca y Valeria, eran completamente adictas al cristianismo, aunque no formaban parte de la comunidad.

En semejantes condiciones, no era de admirar que los cristianos hubiesen concebido esperanzas de atraer al emperador completamente á su partido; pero si así fué, como parece en efecto, tuvieron un terrible desengaño. Diocleciano, despues de meditarlo todo, comprendió sin duda que para llevar á cabo la restauracion y salvacion permanente del imperio, base de toda su política, no quedaba mas alternativa que decidirse contra el cristianismo, como fuerza destructora de todo lo que constituia el genio romano antiguo, ó que

riendo salvar al cristianismo, ponerse á la cabeza del movimiento cristiano, utilizándolo para sus fines como palanca poderosa; lo cual ni por asomo podia pasarle por la mente, porque era equivalente á precipitarse en una revolucion inmensa. Por otra parte, hostigábanle incesantemente los partidarios del paganismo, ilustrados, fanáticos ó interesados, para decidirle á concluir con la tolerancia y proceder enérgicamente contra la nueva y ya numerosa secta que cada dia ganaba mas terreno. El César Galerio, cuya madre era pagana fanática; el eminente polemista Hierocles, gobernador de Bitinia; el preclaro escritor neo-platónico Porfirio y una gran multitud de sacerdotes, augures y magos, pedían sin cesar medidas coercitivas y violentas contra los cristianos.

El emperador cedió; pero por lo pronto solamente á Galerio permitió que, en el año 298, publicara una orden del ejército, mandando que los oficiales y soldados cristianos tomaran parte en los sacrificios religiosos ó se retiraran del servicio. A esto se limitó por entonces la persecucion; ni se sabe si esta orden fué aplicada á todo el ejército en general ni si fué ejecutada con exactitud. Tampoco se conocen los motivos que al fin impulsaron á Diocleciano, á últimos del año 302, á declarar guerra abierta al cristianismo, cuando estaba bien persuadido de la ineficacia de las persecuciones anteriores y no se disimulaba las consecuencias terribles que una guerra interior religiosa habia de producir infaliblemente. Quizás se lisonjeaba con la esperanza de lograr su intento sin efusion de sangre; pero si tal pensaba, fué la primera vez que se engañó en sus cálculos íntimos y reservados.

Después de haber consultado al consejo municipal de Nicomedia y al oráculo de Apolo en Mileto, abrió la era de la persecucion en 23 de febrero de 303, haciendo derribar por la guardia imperial la catedral cristiana de aquella capital y publicando al dia siguiente un edicto mandando el derribo de todas las iglesias cristianas; disponiendo la entrega ó destruccion de todos los libros y escritos cristianos; prohibiendo todas las reuniones religiosas y todos los actos del culto; destituyendo de todo empleo, dignidad y honores, á los cristianos que no renunciaran á su religion; permitiendo la aplicacion del tormento á todo cristiano encausado por refractario, sin diferencia de estado ni categoría; privando á los cristianos de la clase de simples ciudadanos de la consideracion de tales, á los libertos de su libertad, á los esclavos, hasta de la posibilidad de llegar á obtener su libertad definitiva si continuaban en las prácticas y en la fe cristianas.

Pocas horas bastaron para probar que este edicto no podia ser cumplido sin derramamiento de sangre; al instante se despertó en los cristianos el heroísmo agresivo del martirio, que desde el origen habia desafiado al despotismo pagano y salido vencedor de todas las persecuciones; y esta actitud arrastró á Diocleciano, con fuerza irresistible, por la pendiente fatal y vertiginosa de la persecucion feroz, que acabó en un mar de sangre. Un cristiano de elevada posicion arrancó el edicto á las pocas horas de haber sido expuesto al público: el atrevido fué preso al instante y quemado vivo; pero luego se sucedieron dos amagos de incendio en el palacio imperial que Diocleciano y Galerio atribuyeron á los cristianos, y la consecuencia fué una causa criminal contra infinitas personas empleadas en el palacio y otras establecidas en la ciudad, muchas de las cuales fueron sometidas á la tortura y otras murieron á manos del verdugo, porque á la ira del emperador y del César respondieron los funcionarios serviles y los fanáticos con odio y sanguinario celo. En Mitilene y Antioquia estallaron desórdenes, cuya culpa se atribuyó á los cristianos, y pronto estuvo en conmocion todo el imperio. Desconocida ya la autoridad imperial, Diocleciano no tuvo

misericordia, y publicó otro edicto ordenando la prision de los jefes y directores de todas las comunidades cristianas, y otro tercero mandando poner en libertad á los sacerdotes y obispos presos si sacrificaban voluntariamente á los dioses paganos, y en caso contrario obligarlos á ello á la fuerza. Un cuarto edicto, publicado en 304, extendió el anterior á todo cristiano, eclesiástico ó lego.

Diocleciano habia cesado de ser dueño de la situacion. La ejecucion mas ó menos completa de sus edictos dependia en tan vastísimo imperio, no ya de su voluntad personal sino tambien de la de sus colegas, de los gobernadores generales, de los jueces, de los demás funcionarios del Estado y de los pueblos y de las condiciones especiales de cada provincia y comarca. Esto dió á la lucha, que duró cerca de ocho años, una fisonomía muy variada.

Al principio tomó un rumbo bastante favorable á la autoridad imperial, porque en todas partes fueron muchos los cristianos que renegaron de su fe y sacrificaron á los dioses paganos. Fueron tambien muchos los libros sagrados que se entregaron á las autoridades, y no pocos los pastores que abandonaron su grey, ó se mostraron flojos y tímidos; pero en todas partes hubo un núcleo que se mantuvo firme, y en él encontraron Diocleciano y sus sayones la misma resistencia invencible que habian encontrado en su tiempo Decio y Valeriano. El carácter excitable y místico de los cristianos orientales, semitas, egipcios y africanos, y el caballeresco y formal de los cristianos españoles dieron un aspecto diferente en cada país á la persecucion y á los martirios; pero los rasgos principales y generales de los cristianos en esta lucha gigantesca fueron el heroísmo de la resistencia pasiva, el sufrimiento paciente y resignado de los castigos, que llegaba hasta el entusiasmo de provocar toda la saña de los perseguidores para lograr los mayores tormentos y la muerte mas cruel, aprovechando muchos esta ocasion para expiar una vida criminal. En el Oriente, en Egipto y en Africa, donde habia mayor número de cristianos, fué tambien mayor el de las víctimas, sin contar que allí estaban tambien Diocleciano y Galerio, que abrieron la campaña con toda energía y decision. Maximiano tampoco se descuidó en Italia, Africa y España, y por su carácter rudo y su ignorancia, mostró su celo mas en sentencias sangrientas que en la destruccion de iglesias y de libros. No le imitó en esto Constancio Cloro, el cual, como muchos paganos ilustrados de su época, se inclinaba á una vaga filosofia monoteista que concentraba su culto en una divinidad pagana principal, como Júpiter ó el dios Sol de los orientales. De carácter bondadoso y tolerante en materia de religion, miraba á los cristianos con mucha benevolencia; y no queriendo tampoco renunciar á la general y justa popularidad que gozaba en el territorio de su mando, procuró no excitar el fanatismo del martirio con persecuciones de individuos y se limitó á destruir algunas iglesias.

En cambio en Oriente, donde la resistencia de los cristianos fué tenaz hasta el fanatismo, y excitó el furor de las autoridades romanas hasta la demencia, la persecucion tomó el aspecto mas sangriento, y se exacerbó mucho mas cuando por la abdicacion de Diocleciano, segun luego veremos, Galerio fué el dueño supremo. Sin embargo, en el resto de sus dominios, en las provincias griegas é ilíricas no llegó á tanto, porque los cristianos se limitaron á una resistencia pasiva sin alardes fanáticos.

Los funcionarios romanos, que nunca habian tenido interés alguno en estudiar la religion cristiana y no se preciaban de sentimentales, como muchos de sus colegas del Oriente, solo veían en la resistencia tenaz de los cristianos una desobediencia terca, indigna y punible, que era necesario reprimir á toda costa aunque no fuese sino para sacar ileso el

principio de autoridad; y como la justicia penal romana estaba entonces todavía en un estado caótico, se derramaron sobre los cristianos inermes en muchas provincias todos los horrores de los tormentos y ejecuciones capitales, aumentados con los refinamientos que la ignorancia, la barbarie de los soldados, el furor ciego de las autoridades y el instinto diabólico del populacho, como en Egipto, sabian inventar, sin consideracion á sexo ni edades.

No puede calcularse ni aproximadamente el número de cristianos que en este período de persecucion sucumbieron; pero por grande que fuese, no puede compararse con las innumerables víctimas que en siglos posteriores inmolaron los mismos cristianos en sus luchas de religion.

Todo terrorismo, sin embargo, tiene su fin, y así sucedió con la persecucion inaugurada por Diocleciano, fuese que los perseguidores se cansaran ó se convencieran de la imposibilidad de acabar con los cristianos por la violencia, fuese porque los cambios políticos que sobrevinieron los distrajeran de la persecucion ó les hicieran ver la conveniencia de contar con el elemento cristiano como un factor importante y necesario á sus planes, sin perjuicio de apelar despues á nuevos castigos.

La causa del cambio político fué la abdicacion de Diocleciano. En el año 303 visitó la capital del imperio por vez primera; acudió tambien su colega, el co-emperador Maximiano, y ambos celebraron en 20 de noviembre el vigésimo aniversario de su gobierno y los triunfos obtenidos. En esta ocasion se publicó una amplia amnistía que aprovecharon muchos cristianos presos para recobrar su libertad, sacrificando á las divinidades romanas. En agosto del año siguiente, estando otra vez en Nicomedia, cayó Diocleciano gravemente enfermo, lo cual robusteció su propósito de retirarse á la vida privada y observar tranquilo cómo el organismo político que habia creado funcionaba en manos de aquellos que debian continuar su obra. En 1.º de mayo del año 305 proclamó solemnemente en Nicomedia ante sus tropas su resolucio; nombró á Galerio sucesor suyo y eligió á Daya Maximino, pariente del anterior, César del nuevo soberano. En el mismo dia abdicó en Milán con igual solemnidad, bien que muy contra su voluntad, el co-emperador Maximiano, que quizás veinte años antes habia sido elevado en igual dia á César, quedando como emperador en su lugar, conforme al arreglo hecho por Diocleciano, Constancio Cloro, y siendo nombrado César en lugar de este el general Severo, natural de Iliria, con residencia en Milán.

Maximiano se retiró á una hermosa quinta que poseía en Lucania (1), y Diocleciano, que volvió á llamarse Diocles como antes de ser emperador, buscó el reposo en su patria, en Dalmacia. Allí, cerca de la ciudad de Salona que le vió nacer, habíase construido á orillas del Adriático una quinta-palacio que ocupaba un solar de seiscientos piés de ancho por setecientos de fondo, de forma cuadrangular, como los campamentos fortificados romanos. Ocupaba el sitio de la puerta pretoria la llamada puerta de oro, que conducía á un peristilo de columnas de granito que se veía al extremo de una alameda. Este peristilo estaba flanqueado de dos templos, uno cuadrado, á la izquierda, que antes se creía dedicado á Esculapio pero que los modernos suponen haber sido destinado á mausoleo de Diocleciano por él mismo; y otro á la derecha octogonal, de dimensiones mayores y consagrado á Júpiter. El palacio mismo tiene un aspecto pesado, duro y frio; su ornamentacion arquitectónica se aparta de las leyes tradicionales del arte, sin mas causa que el capricho y la dura voluntad del dueño, que allí se dedicó al cultivo de su huerto.

(1) La Basilicata, en el antiguo reino de Nápoles.

Por lo pronto marchó bien el sistema de cuatro gobernantes, dos co-emperadores y dos césares, gracias al talento superior de Constancio Cloro, que consiguió tambien enfrenar, bien que por cortísimo tiempo, las tendencias feroces de Galerio y Maximino respecto de los cristianos. La prematura é inesperada muerte de Constancio cambió sin embargo, segun veremos luego, la situacion, y puso en evidencia el punto mas vulnerable del sistema de sucesion de Diocleciano. Bien lo conocia este, pero entre dos males se habia decidido por el menor y se lisonjeaba de haber evitado el otro. Habia renunciado en bien del imperio al sistema de sucesion directa para evitar que en lo venidero ocupasen el solio imperial hijos de emperadores, que fuesen ineptos ó menores de edad, ó individuos tan fatales como Domiciano, Cómodo, Caracalla, Galieno y Carino. La idea era en sí buena y laudable, pero resultó funesta en la práctica. El que abrió la brecha en el sistema fué un hijo de Constancio Cloro, de su primera esposa Elena, jóven de condicion humilde, al parecer natural de Mesopotamia, que servia como criada en una posada de Naiso, en la Mesia Superior, cuando Constancio, jóven todavía, la conoció. Esta mujer dió á luz un hijo en aquella misma ciudad en 28 de febrero del año 274, que recibió los nombres de Flavio Valerio Constantino. Cuando Cloro fué adoptado por Maximiano y proclamado César en el año 293, Constantino, que tan gran papel estaba llamado á desempeñar en la historia, era un jóven bellissimo y marcial, educado por su padre en el servicio de las armas, que llamaba la atencion por su fuerza atlética, su arrojo imperturbable y su inteligencia extraordinaria. Ya hemos dicho que Constancio tuvo que repudiar á su esposa para casarse con la hijastra de su padre adoptivo el co-emperador Maximiano, pero esto no obstó para que su hijo continuara al lado del emperador Diocleciano y desplegara cada vez mas sus brillantes dotes, sobre todo como militar. Si hemos de creer á diferentes datos sueltos, y evidentemente parciales, parece que ya entonces este jóven inspiraba temores al emperador Galerio, que le miraba con envidia y recelo; porque cuando en el año 305 abdicaron los emperadores Diocleciano y Maximiano, y pasaron á ocupar sus puestos Galerio y Constancio Cloro, era Constantino uno de los jefes mas distinguidos del ejército de Diocleciano. Constancio entonces se dirigió á Galerio, ya su co-emperador, suplicándole que permitiera á su hijo trasladarse á su corte y ejército. Galerio consintió, bien que con alguna repugnancia, lo cual indujo á Constantino á salir de la capital, Nicomedia, antes del tiempo convenido, y á volar cerca de su padre con la precaucion singular y enérgica de hacer desjarretar en todos los relevos de las postas imperiales los caballos que dejaba tras sí, á fin de que no pudiesen alcanzarle si acaso Galerio le hiciese perseguir.

Se reunió con su padre cuando este se estaba embarcando en Boulogne para Inglaterra, á fin de proteger esta provincia contra sus vecinos septentrionales los montañeses de Escocia, especialmente los pictos, que entonces se hacian notar en primera línea entre aquellos bárbaros. Constancio llevóse á su hijo, con un ejército de tropas romanas y fuerzas auxiliares alamanas. La campaña fué brillante pero tambien la última del emperador Constancio Cloro, que murió en York en 25 de julio de 306.

Con su muerte comenzó á bambolear el sistema de Diocleciano. Galerio, emperador supremo y por lo pronto único, carecia de la aptitud necesaria para tan importante puesto, lo cual debió de inducir á su suegro Diocleciano á nombrarle inmediatamente, sin consultar á nadie, un co-emperador en la persona de Flavio Valerio Severo, entonces César del Occidente con residencia en Milán. El ejército de Inglaterra, cuyas simpatías habia conquistado muy en breve el valiente,